

Presentación

Francisco Erice

Coordinador del dossier

Hobsbawm asegura en sus memorias que, en la historia del movimiento revolucionario del siglo XX, hubo en dos ocasiones «diez días que estremecieron al mundo»: la insurrección de Octubre de 1917 y el XX Congreso del Partido Comunista soviético (PCUS) de 1956. La primera —asegura— inició el movimiento comunista mundial y febrero de 1956 lo destruyó.

El historiador británico escribe con la «ventaja» de conocer el desenlace frustrado de la experiencia reformadora de Jruschov. Pero tal vez resulte excesivamente tajante plantear las cosas de ese modo, sobre todo si se pasa de la imagen del movimiento comunista como unidad homogénea o ejército disciplinado a una realidad más dispersa, heterogénea y, como le gustaba decir a Togliatti, «policéntrica». Porque lo cierto es que la implosión del centro permitió el desarrollo de muchas «vías nacionales» periféricas, variantes y experiencias que enriquecieron la práctica política y también la teoría. Y ello fue así en Europa y en el Tercer Mundo, en el seno de los partidos comunistas oficiales y de una Nueva Izquierda contestataria, políticamente débil pero intelectualmente fértil. El mismo Hobsbawm reconoce que «la desestalinización reabrió antiguas posibilidades».

¿Por qué tanto revuelo alrededor de un acontecimiento singular como el XX Congreso? ¿Hasta qué punto supone una línea divisoria fundamental? No podemos olvidar que los signos de cambio habían

comenzado a producirse ya desde la misma muerte de Stalin, con rehabilitaciones, excarcelaciones y otros síntomas de liberalización. Algunos tímidos —pero no imperceptibles— puntos de inflexión también se comenzaban a notar en la política exterior; de hecho se plasmaron en el llamativo viaje de reconciliación de Jruschov a Belgrado en mayo de 1955 y se extendieron en forma de recomendaciones o consejos desde Moscú a los partidos gobernantes en las democracias populares o a los principales partidos comunistas de Europa occidental. Sin embargo, sin ignorar estos indicios previos, lo ocurrido entre el 17 y el 25 de febrero de 1956 justifica, sin lugar a dudas, caracterizaciones enfáticas como la de Geoff Elley («el comunismo se sumió en la confusión») o Lucio Magri (que habla del «shock del XX Congreso»); siempre, claro está, que se añadan los correspondientes matices o se evoquen a continuación los mecanismos puestos en práctica para amortiguar el golpe y los procesos de recomposición prontamente iniciados. Sin duda el comunismo como comunidad de fervorosos creyentes había sufrido un rudo golpe; Togliatti lo expresaba bien al lamentar cómo «una tempestad se ha abatido sobre nosotros». Es verdad que las estructuras que articulaban al comunista como un movimiento internacional comenzaron —a veces lentamente— a erosionarse. Pero el comunismo como ideología y praxis emancipadoras, como representación política en muchos lugares



Nikita Jruschov interviniendo en la apertura del XX Congreso del PCUS. Moscú, febrero de 1956
(Fuente: [wikimedia.org](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nikita_Khrushchev_speaking_at_the_XX_Congress_of_the_CPSU)).

de las clases subalternas, como sueño de transformación social con fuerte capacidad de seducción incluso, distaba mucho aún de perder su viejo mordiente y su atractivo.

Lo cierto es que los 1.436 delegados, arropados por representantes de 55 partidos hermanos llegados de todo el mundo, que se reunieron en Moscú en febrero de 1956, pronto percibirían que asistían, más allá de la pomposa retórica al uso, a un acontecimiento verdaderamente histórico. Primero vinieron las sesiones ordinarias, con los tradicionales informes sobre los «éxitos» económicos y político-sociales del socialismo; luego siguieron las tesis acerca de la coexistencia pacífica, la estrategia «frentepopulista» de aproximación a los socialistas, la pluralidad de vías (incluida la «parlamentaria») al socialismo, o la crítica del «culto a la personalidad» y la defensa de la «responsabilidad colectiva». Las tímidas propuestas de cambio anteriores se confirmaban y ya no cabía duda de que las expec-

tativas de los últimos años demostraban no ser ilusorias. Pero la «bomba política», ya anunciada en las tesis públicas pero ahora confirmada en lo que —para los admiradores de Stalin— era el peor de los desenlaces, llegaba con la famosa sesión, reservada sólo para delegados, de la noche del día 25. Fue entonces cuando un Jruschov en tono altamente emotivo y durante cuatro horas se explayó detallando crímenes, deportaciones, abusos y violaciones sistemáticas de la «legalidad socialista» de quien había sido endiosado, elevado a los altares de las virtudes revolucionarias y sometido durante dos décadas a un auténtico y extremado culto.

Las críticas a Stalin pronto oscurecieron otras tesis renovadoras recogidas en el XX Congreso, pese a que el Informe presentado por Jruschov se consideró «secreto». Difícilmente podía serlo cuando, aunque en condiciones de estricta reserva y en información oral —leída—, fueron puestos al día

los dirigentes de los restantes partidos comunistas y, posteriormente, se decidió difundirlo en reuniones más o menos amplias en la propia URSS. Las primeras filtraciones del «parricidio memorable» que acababa de cometerse —en expresión de David Priestland— dieron paso finalmente a la publicación del texto completo, primero por el *New York Times* y luego por *Le Monde* y otros periódicos en distintos países del mundo.

Las propuestas de la «diversidad de vías al socialismo», con distintas modulaciones posteriores, calaron hondo en algunas de las «democracias populares» y en muchos partidos comunistas que no estaban en el poder. Pero las denuncias sobre Stalin resultaban más difíciles de asimilar, por la carga emotiva y simbólica del personaje y por los argumentos que venían a suministrar para la potencial descalificación del régimen. Se optó, como es sabido, por individualizar las culpas y centrarlas en el chivo expiatorio del dirigente georgiano, desde luego con méritos sobrados para ello, pero exonerando así a la gran mayoría del grupo de los que lo secundaron y salvando de la crítica tanto al partido como los desarrollos fundamentales en la construcción del socialismo en la URSS. Es cierto que con ello, como señalara Deutscher, sólo se levantó «una esquina del velo», o, como nos recuerda Losurdo, el Informe sirvió a una parte de la izquierda marxista como justificación para no verse obligada a repensar «la teoría del Maestro y la historia de los efectos desplegados por ella». Por consiguiente, se habló poco de *estalinismo* para designar una práctica que la política jruschoviana de cambios controlados pretendía evitar que se equiparara al sistema político general del país desde los años treinta o que se pensara que lo había contaminado de manera amplia o irreparable. El término usado fue el de «culto a la personalidad», a la vez eufemismo que convertía los «crímenes» en «errores» y tropo

que confundía el efecto, el signo, o la parte (el culto al dirigente) con la causa, la cosa en sí o el todo (el despotismo o las arbitrariedades del sistema político).

Vistas así las cosas, pudiera pensarse que la *desestalinización* —nombre que los comunistas de entonces procuraban rehuir para no admitir el estalinismo como *sistema*— se limitó a ser una medida defensiva para salir de una crisis o un *impasse* puramente coyuntural; ya en su momento, Deutscher analizó la *necesidad* de reformas del sistema como estímulo de los cambios. O bien podría tildársela de artimaña para evitar transformaciones reales, un recurso lampedusiano de las élites soviéticas o una parte de ellas, una especie de «revolución pasiva» a la manera gramsciana. Sin embargo, lo cierto es, por muy decepcionante que resultara el posterior *estancamiento* brezneviano, que la represión virulenta de la época estaliniana no volvió a reproducirse, y los cambios bajo Jruschov, con todas sus contradicciones, representaron un alivio para la población soviética desde muchos puntos de vista. Pero, sobre todo, el potencial renovador y el estímulo de principios como el de la coexistencia pacífica o la posibilidad de vías propias al socialismo se dejarían sentir en los años posteriores en otros países y partidos comunistas. Ello nos ayuda a no entender 1956 como un momento de crisis catastrófica en términos negativos. En la primavera de ese año el alcance del «nuevo curso» estaba lejos de quedar delimitado, y todas —o muchas cosas— parecían entonces posibles.

No es extraño que personajes como Isaac Deutscher, antiguo seguidor de Trotski, o el historiador ruso Roy Mevdevé compartieran entonces esperanzas semejantes en el potencial renovador del sistema soviético. O que estas expectativas se extendieran a muchos progresistas en todas partes, como el poeta español Gil de Biedma, que soñaba

entonces con una Unión Soviética que «renunciara al pontificado» y se limitara a ser un «*primus inter pares*», con lo cual «el comunismo habrá demostrado una vitalidad magnífica y su posición en Europa habrá mejorado notablemente». Pese a la denuncia de Stalin, la impronta jruschoviana contribuyó por un momento a cambiar la imagen del comunismo, incluso con sus gestos extemporáneos o en apariciones públicas como las de su viaje a los Estados Unidos. La reacción, que aprovechó obviamente en su favor las denuncias del XX Congreso y el aislamiento de los comunistas en el momento culminante del drama húngaro, no dejaba de percibir que el dinamismo del reformador soviético, su facundia, su imagen popular y campechana o los mismos éxitos espaciales de la URSS no encajaban con la imagen tenebrosa del «socialismo real» propagada durante la guerra fría. No hace muchos años, Lucio Magri, en una lúcida reflexión sobre la historia del comunismo (*El sastre de Ulm*) reconocía que la creencia de entonces sobre las posibilidades de renovación del sistema podía ser excesiva, pero «tenía una base real», y resaltaba el optimismo de muchos comunistas del momento y el miedo de sus enemigos: «si bien con muchas dificultades, el XX Congreso en conjunto obtuvo a la postre un consenso entre los comunistas, les infundió una renovada confianza, al menos durante años afianzó la unidad entre sus partidos y, paradójicamente, sus adversarios lo consideraron no como el inicio de una descomposición, sino como el inicio de una nueva fase de expansión que los obligaba también a ellos a buscar un diálogo y prepararse ante un nuevo reto».

De este momento auroral, de sus palpables contradicciones, de las reacciones ante el XX Congreso, tratan los trabajos reunidos en este dossier. En él se analiza la recepción del «nuevo curso» soviético en los partidos comunistas de Francia (Roger Martelli), Italia (Alexander Höbel), Uruguay (Gerardo Leibner), Cataluña (Josep Puigsech) y España (Francisco Erice), así como las posibilidades de debate y reflexión que abrió en años sucesivos entre los intelectuales de los dos partidos comunistas occidentales más importantes, Francia e Italia (Marco Di Maggio). Cada uno de los autores plantea a su manera y en contextos diferentes los efectos del Informe Secreto y las nuevas propuestas políticas del XX Congreso, los cambios ideológicos, la dialéctica resistencia-renovación en el impulso *desestalinizador*, la incorporación de las novedades en las políticas ya desarrolladas por cada partido y otros muchos aspectos de un proceso poliédrico que si algo demuestra es la diversidad de situaciones y de realidades. Hecho éste que hubiera resaltado aún más de haber incorporado análisis sobre alguno de los países socialistas u otros partidos comunistas occidentales. En todo caso, creemos que las contribuciones de los trabajos contenidos en este dossier ofrecen suficientes perspectivas comparativas interesantes, tanto cuando las plantean explícitamente como cuando suministran materiales que las facilitan. Todos ellos, en definitiva, contribuyen a una visión plural y crítica del movimiento comunista en una de sus etapas más interesantes, frente a la imagen monolítica y gris que una determinada historiografía sectaria y plagada de prejuicios ha gustado de difundir.